

Le fue fiel, aun a disgusto. Más de una vez él... balance la hizo quedarse del lado de su país... el esfuerzo conyugal y aun defectuosos que ella se cumplía, del lado de un hombre que se... se enrumbaron y adormirse bajo la égida estaliniana. Claro que del otro lado de la frontera no estaba solamente el desolado París, sino también el mundo entero que se levantaba en un momento contra los judíos; y no estaba solamente la pintura de Picasso sino las hogueras de libros, el encierro de intelectuales y el asesinato de intelectuales. Por esa época en su país se iniciaba el primer plan quinquenal, y disciplinadamente contribuyó a él con su literatura, aunque esta comenzaba a ser sospechosa.

Visajaba. Había devenido periodista, que es lo que secretamente fue toda su vida: gran y eficaz periodista. Mientras que en URSS, en París, en casi innumerable empresa de construcción, él tuvo oportunidades que otros ignoraron y las hizo valer. Él sabía que en el extranjero era un periodista, tiempo, sabía percibir sus menores movimientos. Su novela El segundo día podía ser violentamente atacada por el incipiente estalinismo, pero él había de imponerse en la Rusia estaliniana, pero Ehrenburg también sabía que "el día mismo en que supe, por la carta de Irina, que la editorial había aceptado mi libro me escribieron un periodista alemán con la descripción del auto de fe de mayo: los estudiantes de Berlín, dirigidos por Goebbels, habían quemado una hoguera ante el edificio de la Universidad y a ella arrojaron los libros por los que sentían odio, según lista establecida y quemaron. Entre otros, quemaron las traducciones de mis novelas."

Y si los años posteriores a 1934, de los que él ha dejado trágico registro, cuando los w.e. se tapaban la conciencia los escritores que se arrojaban en ellos para desprenderse de objetos devenidos tan peligrosos como el veneno, cuando se combatían los espíritus de Soloviov, de que esta renovación, pero ella le fuerza la mano, lo conforma, de tal modo que el pequeño judío que vivía en plena tormenta revolucionaria no teniendo nada de lo que ocurre: "En la estación de Finlandia nos recibió una menchevique de edad veintidós años, que me acompañaba un escucha. Yo le contesté que se despojará contra el soldado, y el soldado contra la mujer. Ella le dijo que era de los del asquío (efectivamente, el soldado llevaba una bolsa) y él le respondió que ella seguramente exzampaba mermeladas. Yo los escuchaba estupefacto. La menchevique nos condujo a un albergue: allí había poco sitio y estaba oscuro. Un muchacho gritaba a su vecino: "¡Tú, un revolucionario! ¡Tú eres un Gallifreit, habría que armarte al paredón..." Así entra en Rusia y estupefacto seguía. Leyendo sus memorias por momentos se disiparía que la Revolución era un pretexto para discusiones literarias en un Moscú hambriento y despojado. Era comprensible que el joven intelectual deseara volver pronto a París, que no se asimilará a la agitación política y solo vivía la realidad desde el ángulo de la producción literaria: "Me parece que entre 1929 y 1931 en Rusia no se escribió ni una sola novela. Aquellos eran años de versos y manifiestos literarios. Pienso ahora en los escritores de mi generación: Selafina, Lavrovsk, Fautovskí, Malislin, Fedin, Bábel, Tshifonov, Plinski. Habían sido desmoralizados, cumplían diversos trabajos, se trasladaban de un lugar a otro como nómadeas, corrían artículos ajenos, celebraban reuniones, daban conferencias; casi todos comenzaron más tarde a escribir, pero no escrita, es capaz de sacar de quicio a uno. Yo tenía la impresión de que bastaría sentarme en un café cualquier día de París para leer un artículo que me hiciera llorar y llorar y el libro se escribiría."

Para eso sale el extranjero y en Bélgica, en un momento de guerra, como él dictaron, concluye el Julio Jurentko. "Con todos sus defectos, lo he escrito yo, lo he vivido yo, es realmente un libro más que un libro. Es además un libro de la Revolución aunque allí la Revolución no aparece, porque el tiempo cómplice ha cumplido otra vez su tarea y la experiencia acumulada de Moscú me ha educado. Solo un tiempo para escribir los primeros y admirables relatos de la gesta revolucionaria, como El tren blindado, Caballito rojo, El Ciudadano y otros. El día de desamado. Virgina, él escribirá la contrapartida, o sea la visión socrática, de corrosivo humor sarcástico, de una sociedad burguesa y Occidental, de una vida que se ha educado. Sale de Rusia para la literatura que en su país no encuentra, pero lo que encuentra es la literatura política, por lo menos celebra su matrimonio con la Revolución.

# EHRENBURG: UN CÓMPICE DEL TIEMPO

**H**AY hombres cómplices del tiempo, como los hay altos y bajos. El tiempo les concede muchos años, muchas mudanzas por lo tanto, y un ese ejercicio ellos adquieren un raro don para discernir la clave del devenir, avizorar la caducidad de los períodos históricos y el surgimiento nudo de la novedad, comprender algo del cambiar de los hombres como por un irse del mundo sin haber llegado a entender algo, claramente de la vida. Entre ellos puede haber grandes escritores, como Goethe, y grandes "hombres de letras" como Iliá Ehrenburg que acaba de cerrar su ciclo en la URSS, a los setenta y seis años.

No sé si sus novelas sobrevivió a ese mismo tiempo que fue su cómplice, aunque sí sé que esta aparente ignorancia encubre la duda. Me vuelvo a revisar con renovada alegría el Juliano durante pero no he podido transcribir los capítulos mazonos de El destiello y he renunciado a intentar El segundo día. Pero si otros nombres codiciosos se disputarán el sitio en una historia de la novela rusa del siglo XX, es difícil que a nadie ceda su lugar de testigo lúcido, de diestro ejercitante de la cultura, un poco como un mandarín que fuera a la vez un prestidigitador y a quien correspondiera atravesar una época revuelta, portando hasta el futuro una herencia que en su plantado con ventura por las nuevas generaciones, su locción de cultura y de inteligencia crítica permaneció hasta llegar a entregarse a los novísimos. A salvo.

**S**E ha dicho con frecuencia que era el más europeo de los escritores soviéticos y en efecto, muerto Pasternak, era Ehrenburg quien reemplazaba una cultura nacional que vivió largos años en el encierro forzoso, con el conjunto de la vasta herencia europea; con la diferencia de que mientras Pasternak puso el acento en los clásicos, Ehrenburg fue un típico hijo de la modernidad, un congenero de la escuela revolucionaria de artistas y escritores que se forjó en la ribera izquierda del Sena en las dos primeras décadas del siglo, un hombre afín a su espíritu libre, ágil, crítico, ingenioso, sutil.

Dentro de la gran europea que atraviesa la historia rusa, y que enfrenta las concepciones estrechamente nacionalistas y tradicionalistas con las de renovación que halla sus bases en el crecimiento y desarrollo de las culturas burguesas y proletarias del Occidente europeo, polémica que tuvo su minuto ardiente a mediados del siglo XIX y que todavía dura aunque en una nueva instancia de superación derivada del inmenso esfuerzo soviético para adoptar dentro de nuevos coordenadas el arte de la sociedad industrial, Ehrenburg representó visiblemente el afán europeo y universal y con obra y presencia cumplió esa consigna atravesando indemas, mal-

El premio a esta larga convivencia también llegó criticado por los jóvenes, respetado sin embargo por todos, habiendo dado pruebas ciertas de su auténtica fidelidad al país y a las ideas rectoras de la nación, cuando se le dio el premio final que no quiso publicar fuera de Rusia, sino conscientemente dentro de ella y para ella. Sus propias memorias, y el mejor libro desde aquel Julio Jurentko de largo título, porque aquí de nuevo está el autor entero, vivaz, cordato, atento y certero y equilibrado para decir las verdades posibles, a la altura de los tiempos que transcurrían. Porque en verdad nunca había estado "su desusa de la melée", sino casi a la altura de las circunstancias, medida de acuerdo con los límites que ellas ofrecían, adaptada al espíritu del tiempo amargo que lo custodiaba, pero hiriéndolo a través de la medida de esta recordada que casi ocupa el siglo se encuentran siempre presentes una admirativa lealtad por el arte superior, un servicio cauto, no hipocrito, sino fructífero, la libertad de los hombres, un espíritu crítico más propio de la burguesía dieciochesca que del humanismo socialista y, a vuelta de tantos años y tantas escarceos por la buena Europa cultural europea, un sentimiento nacional limpio y entero.